

Amigo y amado Quinta Semana

Santiago Thió de Pol,sj.

Indice

0.Proposito

1.Quiero reconocer

2.con los Santos

3.Las obras

4.Y la Comunicación

5.Detntos dones

6.-Lo retorno-

7.Y tu presencia

8.Y tu trabajo

9.¡Oh dios!

10.mientras aprendo a amarte

11.Contemplativo en la acción

12.Y estoy atento

Notas

0. PROPÓSITO

Es frecuente que en los Ejercicios, sobre todo si son de ocho días, falte tiempo para la última contemplación que propone San Ignacio. En todo caso, la "psicosis" del final de la experiencia puede impedir disfrutarla tal como él anota, sintiendo y gustando las cosas internamente. Eso, y no el saber mucho, es lo que satisface.

Por otro lado, los primeros días después de los Ejercicios, sin las ayudas metódicas internas y ambientales, muchos ejercitantes se pierden al pretender orar. Les queda, sí, el calor de una amistad profunda con Dios, renovada y sentida, pero no saben por dónde continuar. Muchos intentan volver a empezar, haciendo una repetición en vida ordinaria, pero pronto la abandonan, al no encontrar lo que habían sentido antes. Como los apóstoles, que vuelven a Galilea por orden del Señor, tiran las redes y no pescan nada en toda la noche o ¿acaso es de noche porque no pescan nada?

En argot de los entendidos, estamos ante el reto de la quinta semana.

Este cuaderno quiere ser una ayuda. Por un lado, pretende analizar minuciosamente esta contemplación y, por otro, ofrecer un camino orante de post-ejercicios. No es para ser leído de un tirón. Aunque Ignacio la redacta como una sola contemplación, con dos notas, dos preámbulos y cuatro puntos, aquí se propone por partes, utilizando diversos métodos de oración. Cambiamos el orden: se empieza con los preámbulos invertidos, luego se consideran las notas y, por último, los cuatro puntos. En cada parte, diversos pasajes de la Escritura darán materia para la oración.

Por último, presentamos el Examen de conciencia ignaciano, como medio para mantener viva esta contemplación en vida ordinaria.

1. QUIERO RECONOCER...

Al final de los Ejercicios, tras una relación normalmente intensa y cualificada con Dios, la persona se siente plétórica y desbordada por su amor. A lo largo del camino habrá estado tocada por su proyecto creador, por su perdón, por la obra y el ejemplo de Jesús o por el don de su Espíritu consolador. Imposible enumerar todos los dones recibidos. Algunos pueden ser identificados, otros quedan en el amasijo del subconsciente. En conjunto, configuran el choque afectivo tan característico de los Ejercicios y tan difícil de compartir con otros que no han vivido la experiencia. Un síntoma universal que los interpela desconcertantemente es la alegría.

No es de extrañar, pues, que Ignacio, como cualquier ejercitante actual, desee apasionadamente adentrarse más en el amor de Dios y corresponderle plenamente. Amor con amor se paga, reza el adagio, y, como el amor aumenta el conocimiento del Amado, se entra en una espiral sin fin. San Pablo es taxativo: la fe y la esperanza pasarán, el amor nunca tendrá fin.

Ésa es la primera clave de comprensión de la propuesta ignaciana que nos ocupa. La contemplación para alcanzar amor no conduce a un agradecimiento conclusivo o a un balance animador, sino a un enfoque nuevo para toda la vida, que, posteriormente, se desenvolverá entre la percepción creciente del amor de Dios y la respuesta amorosa. Que sólo en amar es mi ejercicio, dirá San Juan de la Cruz. De nuevo, coincide Ignacio con San Pablo, cuando éste, después de enunciar los diferentes carismas de la Iglesia, invita a interesarse por el mejor: la caridad.

No nos sorprenderá, por tanto, la petición que nos sugiere en esta contemplación:

2º preámbulo. El segundo, pedir lo que quiero. Será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad (233).

Demandar lo que quiero

A lo largo de los Ejercicios, Ignacio subraya en forma de petición los valores realmente deseables, educando paulatinamente nuestro deseo. Insistentemente, introduce cada petición -en total, son once- con esta expresión, demandar lo que quiero [48, 55, 65, 91, 104, 139, 152, 193, 203, 221, 231]. En la nuestra, el objetivo es esencial para la vida espiritual: amar y servir en todo a Dios. Amar a Dios sirviendo a los hermanos y servir a Dios amando a los hermanos. Ése fue el valor que movía a Jesús; y cuando actúa en nosotros, se cumple el deseo de Dios: que seamos imágenes de su Hijo.

Conviene no perder de vista que amar y servir en todo es una gracia. Por lo tanto, hay que pedirla sin cesar. Pero, a la vez, hay que quererla, desearla apasionadamente, de lo contrario, la petición resulta desabrida, tibia, triste. Precisamente, un primer fruto, y muy sabroso, de la oración será acrecentar el deseo hasta convertirlo en una necesidad. Aumento de deseo y certeza de recibir el don van unidos, porque Dios es fiel. Así lo confiesa Ignacio a propósito de una súplica ardiente:

"Después, al preparar el altar y al revestirme, me salía decir: "Padre eterno, confírmame"; "Hijo eterno, confírmame"; "Espíritu Santo eterno, confírmame"; "santa Trinidad, confírmame"; "un solo Dios mío, confírmame". Lo dije tantas veces y con tanto ímpetu, devoción y lágrimas, y lo sentía por dentro tan vivamente, añadiendo además: "y Padre Eterno, ¿no me confirmaréis?", que consideré que con ello me daba ya el sí por respuesta. Y lo mismo decía al Hijo y al Espíritu

Santo". [Diario espiritual, n° 48](1).

Conocimiento interno

Está en estrecha relación con dos de los dones del Espíritu Santo, la sabiduría de las cosas divinas y la inteligencia que desentraña los hechos de la historia de salvación. Este conocimiento, interno y sentido, nos ha enseñado Ignacio a desearlo y pedirlo de la malicia del pecado [44, 63'], del Señor que por mí se ha hecho hombre [104], de los engaños del caudillo enemigo y de la vida verdadera del sumo y verdadero capitán [139], de que todo es don y gracia de Dios [322] y, ahora, de tantos bienes recibidos [233]. De aquí nace el don de la piedad, que bendice a Dios sin olvidar nunca sus favores (Sal 102).

de tanto bien recibido

Enunciado ahora el bien de forma global e intuitiva, será desarrollado a lo largo de toda la contemplación hasta constatar que realmente es tanto y tanto, disfrutar de su cualidad tan beneficiosa y advertir que, de ninguna manera, es cosa nuestra o atribuible a nosotros, sino un don recibido. Si conocieras el don de Dios, dice Jesús a la samaritana (Jn 4,10).

para que enteramente reconociendo

El reconocimiento tiene una dimensión objetiva de penetración de las cosas, más allá no sólo de su apariencia, sino de su entidad. Detrás de cualquier regalo siempre hay un donador y una significación. Doblemente, pues, se tiene que conocer: re-conocer. También es evidente que esta penetración despierta una actitud subjetiva de reciprocidad hacia el donador, un reconocimiento, que se manifestará de múltiples maneras: agradecimiento, afecto, servicio, correspondencia, cumplimiento de su voluntad.

Busquemos, pues, este total reconocimiento -también es don- para que desencadene en nosotros amor

y servicio. María, la de Lázaro, usó un perfume muy preciado para unguir los pies de Jesús. Judas, en cambio, no reconoció al amigo y lo traicionó con un beso.

pueda en todo

No nos conformamos con un más, sino que, al fin, pedimos el todo. En el Principio y Fundamento, queríamos escoger lo que más conducía a la alabanza y al servicio de Dios. Ahora, aspiramos a la unificación total de la vida, de manera que nada quede fuera del servicio y del amor. En otro contexto, la extranjera Rut formula una totalidad parecida de compromiso amoroso con su suegra: "No insistas en que te abandone y me separe de ti, porque donde tú vayas, yo iré, donde habites, habitaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras moriré y allí seré enterrada" (Rt 1,16-17).

Ignacio recomienda a los novicios de la Compañía que procuren siempre, en todas las cosas particulares, servir y complacer a la divina Bondad. Y remacha el clavo, invitándolos a amar a Dios en todas las cosas y a todas en Él [Consta n°- 288],

amar y servir

Toda la vida de Jesús puede resumirse en dos palabras: amor convertido en servicio, para hacer de puente entre Dios y la humanidad. "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20,28). Es paradigmática la escena del lavatorio. Según Juan, es expresión de amor hasta el extremo y, además, exponente de la actitud radical de Jesús como servidor.

Esa forma de actuar se inspira en la contemplación de la manera de ser de su Padre. Vive a fondo el primer mandamiento: ama a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas; y el segundo: ama al prójimo como a ti mismo (Mt 37-40).

a su divina majestad

La manera de ser de Dios es múltiple e inefable. ¿Qué nombre darle? Abba, Padre, Señor, Creador, Yah vé... son nombres, entre mil, que le atribuye la Biblia. Ignacio, influido por el uso de los títulos de la corte y sobrecogido por la magnificencia entrañable de Dios, sólo se atreve a pronunciar su divina majestad.

Hoy somos más democráticos, no reverenciamos casi nada, pero quien tiene experiencia de Dios queda inun dado de reverencia. Empecemos por el gesto reverente y, si Dios quiere, tendremos su, experiencia. Si deseas tener fe, ponte de rodillas, decía Pascal.

De todos modos, detrás de cada nombre de Dios, arde un único amor:

"Decía el Amigo al Amado que por muchos senderos llegaba a su corazón y aparecía a sus ojos, y que con muchos nombres su palabra le nombraba; mas el amor con que le daba la vida y le hacía morir era tan sólo uno(2)".

Este primer ejercicio consistirá en interiorizar la petición ignaciana. Pongamos a María como mediadora

y procuremos decirla como ella la diría. No está lejos de su Magnificat (Lc 1,46-55).

2. Con los santos

1º preámbulo. Primer preámbulo es composición, que es aquí ver cómo estoy delante de Dios nuestro Señor, de los ángeles, de los santos interpelantes por mí [232].

Ignacio sugiere esta composición de lugar en otros dos momentos importantes de los Ejercicios. Desea que los santos y las santas de la corte celestial presencien su oblación al Rey eterno [98]. Y en el contexto de la elección de vida, el tercer binario muestra la actitud de los santos, cuya afección se adhería a la alabanza y al servicio de Dios nuestro Señor. Así, para transformar la escala de valores que rige consciente o inconscientemente nuestra afección, Ignacio nos invita a hacer esta contemplación en su compañía y con su oración [151].

“- Ésos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido? [...] - Ésos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario; y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed; ya nos les molestará el sol ni bochorno alguno. Porque el Cordero que está en el trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos. [...] Y por mano del Ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos" (Ap 7,13-8,5).

Ellos son los verdaderos amadores y servidores de Dios. Son los testigos (He 12,1). Bienaventurados ya, intercederán por él, ciertamente, puesto que trata de seguir el camino que ellos mismos emprendieron, de tanta gloria de Dios y de tanta vida para los hermanos.

En Loyola, Ignacio había leído entusiasmado sus gestas [Autob. 5-7] y había percibido su empuje y soporte en el seguimiento de Jesús. Los conocía particularmente, contaba con su amistad y, emulándolos, corría en pos de Jesús (Fil 3, 12). Era muy devoto de San Francisco de Asís, a quien imitará en su pobreza; de Santo Domingo, predicador; de San Onofre, de terrible austeridad; de San Pedro, al que había dedicado un poema aun antes de convertirse; de Santa María Magdalena, la pecadora amante; y de San Pablo, modelo de gratuidad y celo apostólicos.

En la corte celestial contaba con amigos entrañables que, como hermanos mayores, lo orientaban y lo incitaban a seguir a Jesús.

El fragmento que sigue es una clara muestra de su confianza en ellos. Corresponde al discernimiento sobre la pobreza de la Compañía y a su agradecimiento posterior.

"Al cabo de un rato, pensé por quién iba a comenzar y me acordé de que podía hacerlo encomendándome a todos los santos. Me encomendé a ellos para que rogasen a nuestra Señora y a su Hijo, que fuesen mis intercesores ante la Santísima Trinidad. Con lo cual tuve devoción intensísima y me cubrí de lágrimas. En este estado seguí adelante a fin de confirmar las oblaciones anteriores, hablando de muchas cosas con unos y con otros, rogando y poniendo por intercesores a los ángeles, santos Padres, apóstoles y discípulos, y a todos los santos, etc., para que rogasen a nuestra Señora y a su Hijo. Y a ambos rogué de nuevo y supliqué con largos razonamientos para que se ultimase mi confirmación y para que mi acción de gracias subiese delante del trono de la santísima Trinidad".

"En este punto y en adelante, tuve una grandísima efusión de lágrimas, mociones y sollozos interiores; tam bién parecía como si notase las venas o las partes del cuerpo sensiblemente. Di mi confirmación definitiva a la santísima Trinidad, delante de toda su corte celestial, dando gracias muy afectuosamente, primero a las Personas divinas, después a nuestra Señora y a su Hijo; después fui pasando por los ángeles, por los santos Padres, por los apóstoles, por los discípulos, y di gracias a todos los santos y santas y a todas las personas que me habían ayudado a ello" [Diario espiritual, nn. 46-471].

En última instancia, los santos reproducen la imagen de. Jesús, objetivo, como se ha señalado ya, de toda la contemplación que nos ocupa.

"El Amor convocó a sus amadores y les dijo que le pidiesen los dones que más apeteciesen y más les placiesen. Y ellos pidieron al Amor que los revistiese y ornase con sus propias facciones a fin de ser más agradables al Amado"(3).

Sán Juan de la Cruz afirma lo mismo que Ramón Llull, cuando reclama que el Amado lo mire: "ya bien puedes mirarme, / después que me miraste, / que gracia y hermosura en mí dejaste"(4).

Se lo aplica deliciosamente María, la llena de gracia: "ha mirado la humildad de su esclava". Pedro también recibe el impacto de esta mirada amorosa: "Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: tú te llamarás Cefas" (Jn 1,42), y "cantó un gallo, y el Señor se volvió y miró a Pedro" (Lc 22,61). Ve a Juan al pie de la cruz, y le confía a su madre; ve a Natanael bajo la higuera; mira a los discípulos reunidos, a la hemorroísa, a María Magdalena, a la hermana de Lázaro -María-, a la anciana del templo, al paralítico, a los niños, a la samaritana... Los santos han sido mirados por el Señor, y esa mirada ha dejado en ellos una señal indeleble:

"Con el Cordero estaban ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre" (Ap 14, 1).

Poblemos, pues, nuestra composición de lugar con los santos de particular devoción: los que han intercedido por nosotros, incluso cuando hemos pecado [60]; los que hemos aprendido a reverenciar [3], afligiéndonos si se los maldecía -horror de Ignacio al oír blasfemar contra ellos en el infierno [67]-; los que han presenciado nuestra oblación al Rey eternal [98]; los que hemos conocido como amigos y servidores de Jesús; los que, en definitiva, él mismo ha elegido y enviado para enseñarnos la escala secreta del seguimiento en pobreza y humildad [145-146].

Bajo su amparo, podemos repetir, con renovada confianza, la petición del c. 1º y avanzar en nuestra contemplación.

3. LAS OBRAS

Nota. Primero conviene advertir en dos cosas. La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras [230].

San Ignacio, mediante una nota desdoblada en dos partes, proporciona al ejercitante herramientas detectoras de amor. Le servirán de varita de zahorí o de contador Geiger. Detengámonos ahora en la primera.

Ya desde el inicio de los Ejercicios, le sugiere Ignacio un coloquio con Cristo en la Cruz en el que considere la locura de Jesús, que por él se ha hecho hombre y por él ha muerto, y se pregunte qué ha hecho por Cristo, qué hace por Cristo, qué debe hacer por Cristo [53].

Estamos saturados de palabras de amor que, si bien son necesarias, no son suficientes. Las palabras se las lleva el viento e, incluso, pueden ser falsas o traicioneras. ¡Tantas veces expresan más el enamoramiento pasional sentido que el amor del Amado!

Ante las inquisidoras palabras de los fariseos, Jesús habla de dos hijos: el que dice y no hace; y el que dice no, y hace (Mt 21,28-32). Es más, se queja de los que dicen y no hacen... ¡ni dejan hacer! (Mt 7,21).

En esta contemplación, queremos alcanzar amor a través del conocimiento del amor de Dios. Pero, ¿qué es amor? Dios es amor (Un 4,16) y su obra es amar y sus obras son amor. La varita más fiable, pues, para descubrir y realizar amor son las obras. San Juan advierte que "no amemos con frases y palabras, sino con hechos" (Un 3,18), y concreta que "si alguien posee bienes y ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede residir en él el amor de Dios?" (Un 3,16-17).

A San Juan lo conmueve la labor maestra de Dios manifestada en Jesús, el del corazón traspasado (Jn 19,34). El mismo Jesús admira la obra del Padre. "El Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que hace" (Jn 5,20). En correspondencia, participa activamente en la siembra de su Padre y solicita colaboradores para la siega. "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4,34).

Acusado de curar a un parálítico en sábado, su argumentación es contundente: "mi Padre trabaja hasta el presente, y yo también trabajo" (Jn 5,17). El Hijo hace lo que ve hacer al Padre. Pero, "le mostraré obras aún mayores, para que os asombréis" (Jn 5,20). Sólo desde los hechos pascuales, podemos descubrir estas obras aún mayores: el amor-servicio que da la vida por los amigos. "En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (Un 3,16).

Ese gesto extremo es imitación de la actuación del Padre, que tanto amó al mundo que dio a su Hijo úni co, su amado (Jn 3,16). Así, Jesús puede afirmar que "el Padre, que per manece en mí, es el que realiza las obras" (Jn 14,10). ¿Será atrevido, por lo tanto, afirmar que el Padre muere también en la cruz? Una madre se siente morir cuando su hijo es asesinado... "Llega el príncipe de este mundo -la muerte-. En mí no tiene ningún poder, pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14,31).

Para contemplar y alcanzar amor, Ignacio quiere ser instruido en la escuela de amor de obra –servicio y donación-, mostrado y mediatizado por la entrega a los demás. A ella acudieron los santos que nos acompañan en esta meditación (c. 2º). Su plegaria se unirá a nuestra petición (c. 1º), así como la de María y la de Jesús mediador. "El que crea en mí hará las obras que yo hago y aún mayores", porque todo lo que le pidamos al Padre en su nombre lo hará (Jn 14,12-13).

4. Y LA COMUNICACIÓN

La 2ª, el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro [231].

Ciencia, riqueza, honor

Sorprende la tríada de dones que deben comunicarse Amado y Amante. La ciencia, buscada en contra de la voluntad de Dios, es objeto del pecado de Adán y Eva, y de sus graves consecuencias [51]. La riqueza y el honor, referidos a la gloria de Dios, se han relativizado en el Principio y Fundamento [23] y en la segunda manera de humildad [166]. En Dos Banderas [142], constituyen los dos primeros escalones de la tentación -redes y cadenas- del enemigo, mientras sus contrarios -pobreza y humildad- conducen a la vida verdadera de Cristo [146]. Precisamente, en la tercera manera de humildad, perfectísimo modo de amar, frente a riqueza y honores, se prefiere y se desea compartir la pobreza y el deshonor de Jesús [167]. Es más, en binarios, se suplica humildemente ser elegido en pobreza real para matar la afección desordenada a la riqueza [157].

Para entender "ciencia, riqueza y honor", en este contexto ignaciano, hay que situarse bajo la óptica de Dios: la ciencia que no quiere otro saber sino Cristo crucificado (1Co 2,2); la riqueza que se atesora donde no hay polillas ni ladrones (Mt 6,19); y el honor del siervo fiel, invitado a entrar en la dicha de su Señor (Mt 25,21.23).

"Preguntaron al Amigo: ¿Cuáles son tus riquezas? Respondió: las pobreza que sufro por mi Amado. Y, ¿cuál es tu descanso? La dolencia que me da el amor. Y, ¿quién es tu médico? La confianza que tengo en el Amado. Y, ¿quién tu maestro? Respondió y dijo que las indicaciones que las creaturas dan de su Amado"(5).

Amigo y Amado

En el primer coloquio de los Ejercicios, Ignacio, que personalmente se comporta como vasallo ante el Señor, propone, curiosamente, hablarle como un amigo habla a otro amigo para pedir ayuda, perdón o consejo [54]. De hecho, es muy sensible a la relación de Jesús con sus discípulos, a los que califica a menudo de amados [278, 281, 284]. Nos hace notar que Jesús envía a sus amigos a predicar la pobreza y la humildad [146]. Particularmente amable es el quinto punto de las contemplaciones de resurrección, donde invita a mirar el oficio de consolador de Jesús, comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros. La conducta amistosa de Jesús configura, por imitación, la manera de ser amical, fiel y detallista de Ignacio.

Es muy posible que, en esta nota, Ignacio haya recibido la influencia de Ramón Llull. En Barcelona, es tuvo en contacto con los editores de su obra. Apóstol laico, como el Ignacio estudiante, Llull fue un apasionado del ahora, del todo y del siempre. "Sabe que las obras son la mejor demostración del amor y, por eso, procura actuar intensamente, sin parar, no sólo para evitar que se apague el amor que tiene a Dios, sino para avivarlo al máximo"(6).

"Se manifiesta el Amado al Amigo con vestidos rojos y nuevos; y extiende sus brazos para que lo abraze, e inclina su cabeza para que lo bese, y está en lo alto para que lo pueda encontrar"(7).

Ante Cristo crucificado, Ignacio ha sugerido el coloquio de amigo a amigo. No es momento de hablar de influencias o similitudes, pero aún, cuando Ignacio se despidió de Barcelona, camino de Tierra Santa, no aceptó compañía, porque quería tener confianza. sólo en Dios [Autob. n° 35]. Sus palabras recuerdan este tierno testimonio de Lull:

"Estuvo enfermo el Amigo y el Amado lo cuidaba: lo nutría de mérito, le daba de beber amor, lo anegaba de paciencia, lo revestía de humildad y lo guiaba con la verdad"(8).

La transposición espiritual de este texto la sugiere el mismo evangelio, al presentarse Jesús como médico que ha venido a sanar a los enfermos. Esta transposición toma cuerpo en Loyola, donde graves enfermedades de Ignacio van acompañadas de sanación espiritual. El Vita Christi de su convalecencia insiste en un Jesús médico de pecadores, y, durante las enfermedades manresanas, su deseo era conversación espiritual [Autob. mí. 5, 34]. Como ejercitante, 61 mismo es llaga y absceso purulento de pecado y ponzoña turpísima [58]. También ese Jesús inspira los grandes cuidados y desvelos de Ignacio por los enfermos.

En ningún momento, la espiritualidad ignaciana recoge la relación esponsal, de evidentes e inspiradores fundamentos bíblicos. La orientación apostólica de su vida y de la de sus compañeros se expresará con el nombre de Compañía (al servicio)'de Jesús.

Comunicación .

Ignacio ha subrayado la comunión con el destino de Jesús en el reiterado conmigo del llamamiento del Rey eternal, para participar de sus penas y su gloria en la conquista del Reino [95]. El coloquio de oblación [98] expresa el deseo amoroso de ser como él y de seguirlo por la vía que conduce a los hombres a la vida [101]. Ésta es la riqueza común, las ovejas que hay que buscar, "son mías y las conozco" (Jn 10,14-16), "os las confío, os envío" (Jn 17,18-21). La ciencia comunicada es el conocimiento de Dios: "yo les he dado a conocer tu nombre, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos" (Jn 17,26); "te bendigo, Padre, porque has revelado estas cosas a los sencillos" (Mt 11,21). Y el honor consiste en que Jesús nos reconozca (Mt 11,32) y nos tenga por amigos (Jn 15,15).

En fin, el paradigma más sublime de comunicación es el del Padre y el Hijo: "sabiendo Jesús que el Padre le había puesto todo en sus manos" (Jn 13,3), "todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío" (Jn 17,17). "¡Qué manera de ser Padre" -se extasiará Ignacio- "y qué manera de ser Hijo!" [Diario Espiritual n° 72]. Por otro lado, ve reproducido ese paradigma en la Eucaristía: Tomad, comed, bebed [289]. En ella, el Amado nos entrega realmente todo su ser y toda su misión; y en ella, encontrará el Amigo la manera de entregarse al Amado.

Retomando el hilo de nuestra contemplación, con los detectores de amor -obras y comunicación-, ahon demos aquí en el amor de Dios y perfilemos nuestro reconocimiento y nuestra reciprocidad, que pasarán, obligadamente, por el amor y el servicio al hermano. "La cosecha es abundante, pero los segadores, pocos" (Mt 9,37).

5. DE TANTOS DONES

En la presencia de Dios, tras la oración inicial acostumbrada, la composición de lugar y la petición,

el primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos, de creación, redención y dones particulares, ponderan o con mucho afecto, cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí, y cuánto me ha dado, de lo que tiene, y conseqüenter el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede, según su ordenación divina [...] [234].

5.1 Creación

Algunas cosas nos resultan tan naturales que las disfrutamos sin darnos cuenta; sencillamente, no repa ramos en ellas. El agua, el aire, la luz... Somos tan necios como aquel sargento que instruía a sus soldados sobre el tiro a distancia: hay que alzar el puntó de mira, porque las balas caen por la ley de la gravedad, aunque, si no, caerían por su propio peso.

El piloto Saint-Exupéry se vio obligado a aterrizar en un punto perdido del desierto a causa de una ave ría. Una noche, tumbado en la arena, contemplaba la espléndida luminosidad del cielo. De repente, sintió vértigo: caía al espacio, ¡ay!, hacia las estrellas. Ni un árbol, ni un matojo donde agarrarse. Tras el sobresalto, sintió de nuevo su peso sobre la arena. Y la gravedad que lo ligaba a la tierra le pareció soberana como el amor.

En el Antiguo Testamento podemos encontrar enseñanzas y oraciones encantadoras en torno al don de la creación. Además de la doble narración mítica del hecho (Gn 1-2), con un insistente "Dios vio que era bueno" -convertido, después, de la creación y la bendición del hombre y de la mujer, en "y Dios vio que era muy bueno"-, nos hace asistir a una clase particular de ciencias naturales al probado y quejoso Job. Dios le habla cultamente de sus criaturas, incluso del hipopótamo y del cocodrilo (Jb 38-42). Job, íntegro y reverente, se admira y se avergüenza ante la grandeza del Creador.

No es extraño, pues, que algunos salmos e himnos canten maravillados la belleza y la inmensidad de la crea ción y de su fautor (SI 104 o Dn 3,52-90, el canto de los tres jóvenes en el horno). El salmista se admira de que tal inmensidad y belleza haya sido confiada a la persona humana (Sal 8). San Pablo, viendo la creación sometida al pecado de la humanidad, la oye gemir esperando la manifestación de la gloria de los hijos de Dios. Los pensamientos ecologistas y científicos, aunque no se relacionen con Dios, suscitan en el creyente admiración y conciencia de la riqueza de los bienes recibidos.

Y no se trata únicamente de los bienes materiales. La compañía humana, la familia, la amistad, la so ciedad, el arte, la literatura y todas las producciones y relaciones humanas también tienen en Dios su origen. La parábola de la viña de Isaías, retomada dramáticamente por Jesús, muestra a Dios como Creador de un pueblo, de una tierra, dé una espiritualidad (Is 5,1-7).

Es conveniente contemplar este punto desde la óptica del yo comunitario que es cada uno de nosotros y, así, disfrutar de los dones de creación que reciben las personas que amo. En la medida en que no participa de ellos todo el mundo por igual, se genera en nosotros fuerza para servir a Dios promoviendo la justicia con los desposeídos de la tierra. Podemos alegrarnos también de que Dios haga salir el sol y haga llover incluso sobre los injustos: quizá algún día comprendan y lloren (Mt 5,44-48).

Recién convertido, Ignacio se pasaba horas contemplando el cielo y las estrellas, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor [Autob. n°- 11].

La contemplación evangélica de la creación es aún más sutil y confiada. El pan de cada día (Mt 6,11) y la vida efímera y humilde de los pájaros y de las flores del campo (Mt 6,25-34) son para Jesús el regalo cotidiano de Dios. Por eso, en vez de bregar por los pequeños dones tan generosamente concedidos -Dios da pan a sus amigos hasta cuando duermen (Sal 127)-, habrá que ocuparse del Reino y de la voluntad de Dios (Mt 6,33-34).

Ignacio, ya anciano, acariciaba las flores del camino con su bastón, diciéndoles: ya sé lo que me queréis decir.

5.2 Redención

Hagamos redención del género humano, dicen las tres personas divinas en la contemplación de la Encarnación [107]. Desde el Principio y Fundamento, la creación aparece como un proyecto de participación en la gloria de Dios por la alabanza y el servicio [23]. La palabra encarnada (Logos-Verbo), por la que todo fue creado, tenía que ser la culminación de la comunicación entre lo divino y lo humano (Jn 1,1-2).

En tanto que comunicación en libertad, el lenguaje divino asumió generosamente el acento trágico es cogido por la humanidad. Recordando una túnica sorteada en viernes santo, que había vestido un cuerpo amado, medita Lull:

"Desobedeció el Amigo a su Amado, y lloró el Amigo. Y el Amado vino a morir en la túnica de su Amigo, para que el Amigo recobrase lo que había perdido; y le hizo mayor don que el que había perdido"(9).

Lenguaje de blasfemia, de guerra, de opresión, de hambre, de miseria, de infierno. Para San Juan, de tiniebla, mentira y muerte. Era necesario el abajamiento hasta la muerte, y de cruz, para reemprender el diálogo (Flp 2,6-11).

San Pablo resume vigorosamente el misterio redentor de Jesús:

"Él es imagen de Dios invisible; primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, [...]: todo fue creado por él y para él. El existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. Él es también la cabeza del cuerpo, la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que sea el primero en todo. Dios depositó en él toda la plenitud, y reconcilió por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos" (Col 1,15-20).

Ignacio, deudor del yo renacentista y receptivo de la singularidad paulina, acentúa el por mí de toda la gesta de Jesús. Lo había experimentado. Es la singularidad sentida por la oveja descarriada mientras las restantes noventa y nueve permanecen en el aprisco. Después de mirar el barranco del que la ha salvado la actuación arriesgada del buen pastor, se apasiona por la vida y la empresa de su redentor. Todo fue obra de amor, cuando todavía éramos enemigos, subraya San Pablo, como quien no acaba de creérselo: `en efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5,6-8).

Podemos repasar, de este modo, el camino personal. de los Ejercicios para descubrir tantos

bienes recibidos. No es posible listarlos. Valga esta rápida enumeración: conocimiento del propio pecado y del peligro que comporta, de los afectos desordenados, de los criterios antievangélicos; el perdón, la reconciliación y la llamada; todos y cada uno de los misterios de la vida de Jesús, marcados por su voluntad de ganarnos; su enseñanza y su ejemplo; su muerte por mí y su nueva vida comunicada; el Espíritu, María y la Iglesia; los sacramentos, especialmente la penitencia y la eucaristía.

En los Ejercicios, remarcando la centralidad del llamamiento a colaborar en la conquista del Rey eterno, Ignacio nos ayuda a descubrir el valor universal de los dones de redención. Este por mí es el por nosotros que ha movilizó a tantos apóstoles, comenzando por los mismos discípulos. Siglos más tarde, Javier urgirá a los universitarios de París a que no malgasten el tiempo, habiendo tanto trabajo por el Reino en tierras lejanas, donde aún no es conocido el Salvador; y Pedro Claver, acuciado por el buen anciano San Alonso Rodríguez, partirá hacia Colombia para que no se pierda la sangre de Cristo.

Ignacio no podía evitar una sonrisa cada vez que se cruzaba con una persona: ¡por ella había muerto Jesús!

El himno que recoge la carta a los Efesios permite ver en conjunto toda la obra redentora de Dios al ritmo de una bendición exultante (Ef 1,3-14).

5.3 Dones particulares

Durante los Ejercicios, se han ido sucediendo las gracias recibidas. Ahora, de la mano del Señor, es el momento de recogerlas y de mirarlas con sus ojos. Como el niño que, sabiendo quiénes son los Reyes Magos, abre los regalos mirando de reojo a sus padres, encendido de emoción.

Atendamos especialmente a los dones del Espíritu Santo Consolador. El de su sabiduría para entender los designios de Dios, el de su fortaleza en los momentos oscuros o áridos, el de su consejo en las entrevistas con el acompañante o el de piedad reverente hacia Dios y hacia los demás. Todo ello fructifica en alegría y paz y benignidad y caridad.

No olvidemos aquellas personas concretas que, fieles a Jesús, nos han llevado hasta él con su enseñanza y su testimonio: padres, catequistas, sacerdotes, religiosas, escritores espirituales, la comunidad, la jerarquía eclesial... ¡Antes de que yo pudiera pensar en ellas, tantas han pensado en mí!

También podemos recordar los regalos imperecederos recibidos a lo largo de la vida. De todos modos, que el esfuerzo de recordar no merme el tiempo de ponderar y saborear la calidad exquisita y la ingente cantidad de detalles de Dios en nuestra existencia.

Es preciso no pasar por alto los dones sutiles, los puntos negros de mi historia: pecados, crisis, oscuridades, dolores. Ignacio, perdió su futuro al ser herido por una bala de cañón que le quebró una pierna. Fuego candente, férrea oscuridad. En el momento de su muerte, aquella bala brillaba como el oro: valiéndose de ella, Dios le había trocado sus fantasías en servicio.

Posiblemente se habrán iluminando algunos hechos oscuros o ambiguos de nuestra vida. Descubrimos que muchas crisis han sido de crecimiento, providenciales. Dios, jugándose, nos ha tirado al agua. Nos ha sacado de los embrollos y nos ha arrancado las fruslerías que nos impedían avanzar. ¡Cómo hemos sufrido! ¡Cuánto hemos ganado!

"Pedí a Dios fuerza para triunfar; me hizo débil para que gustase del sabor de las cosas

pequeñas.

Le pedí salud para hacer cosas grandes; me dio enfermedad para realizar cosas mejores.

Le pedí riqueza para ser feliz; me dio pobreza para ser sensato.

Le pedí poder para que la gente contase conmigo; me dio debilidad para que sólo lo necesitase a Él.

Le pedí un compañero para no tener que vivir solo; me dio un corazón capaz de amar a todos los hermanos.

Le pedí de todo para disfrutar de la vida; me dio la vida para que disfrutase de todo".

(Asociación de enfermos de los EUA).

Seguramente, esta visión pormenorizada de tantos dones habrá enardecido nuestro corazón, desatando en nosotros algo más que un agradecimiento cortés. Ésa es la intuición de Ignacio, desarrollada en el próximo capítulo.

6. LO RETORNO

[...1 y con esto reféctir en mí mismo, considerando, con mucha razón y justicia, lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien ofrece, afectándose mucho:

"Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno, todo es vuestro; dispond a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta" [234].

Ignacio, sin tener aún la finura de la discreción, ha dado ya bastantes muestras de reciprocidad con Dios. Ha ofrecido su paga de cuatro años para reparar una imagen de la Virgen y para mantener un monasterio -¿tendría recluida allí una hija?-, ha ofrendado su espada y su daga a Nuestra Señora de Montserrat, ha vestido con sus vistosas ropas a un pobre. Tras la experiencia de Manresa, con mayor discreción, para identificarse más con Jesús, vuelve a visitar el Monte de los Olivos, deshaciéndose de algunas de sus escribanías; comparte con los pobres del camino la calderilla, y más, y, con sus compañeros de estudio, los dineros y otros donativos.

Ése es, en definitiva, el camino de desprendimiento que ha sugerido al ejercitante en el seguimiento de Jesús pobre y humilde. Le ha propuesto, en la oblación al Rey eternal [98] y en el triple e insistente diálogo para ser admitido bajo la bandera de Jesús [147], que pida ser escogido en pobreza. Lo insta a poner sobre la mesa los diez mil ducados (¿unos cincuenta millones?) que le impiden hallar a Dios en paz [157], a preferir la pobreza de Jesús [167] y a ordenar la limosna a imitación de Joaquín y Ana, que dividían su haberes en tres partes, una para los pobres, otra para el templo y la otra para su sustento [344].

Respecto a la honra y al aprecio personal, valores incrustados en lo más profundo de la persona, se podría trazar un recorrido similar.

Poco le queda ya, pero todavía la liturgia le recuerda, en el prefacio, lo "justo y razonable" que es agra decer a Dios todo Toque nos ha dado. Ahora bien, él no se contenta con un agradecimiento "siempre y en todo lugar": ve igual de razonable y justo el retorno y la correspondencia, porque, más allá de los dones, ha percibido la entrega amorosa personal, latente tras cada don de Dios. Es el segundo principio, el de la comunicación de Amigo y Amado. Procurará corresponder a los dones eucarísticos: Comed mi cuerpo, bebed mi sangre (Jn 6,54-55), tomad... (Mc 14,22).

Así, con plagio amatorio, sabe qué y cómo ofrecerse: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad.... Transforma las categorías bíblicas del cuerpo -dimensión relacional- y de la sangre -dimensión vital- en las escolásticas que se refieren a lo más elevado e íntimo de la persona. Escudriña su ser y ofrece lo nuclear. Ya no entregará sólo los frutos -sus actos-, sino el árbol con los frutos. Dará su libertad. La adherirá al querer de Dios. Y, a continuación, ofrecerá las facultades superiores, las que soportan la vida específicamente humana: la memoria, el entendimiento y la voluntad.

"Se anudaban los amores del Amigo y del Amado con la memoria, el entendimiento y la voluntad, a fin de que el Amigo y el Amado no se separasen; y la cuerda en que se anudaba, sendos amores era de pensamientos, dolencias, suspiros y lamentos"(10).

¿Significa esta entrega la supresión de los dones? Alguna interpretación incorrecta recela de un Dios fagocitario que retira de la cuenta común la parte entregada.

"Iba el Amigo por la ciudad como un loco, cantando las alabanzas de su Amado; y le preguntaron las gentes si había perdido el juicio. Respondió que su Amado había tomado su querer y que él le había dado su entendimiento; por lo cual le había quedado tan sólo la memoria, con la que recordaba a su Amado"(11).

Como en la donación eucarística -¡y ahí sí que le arrebatamos a Jesús la vida!- nuestra entrega es total. Que Dios se reserve, pues, lo que quiera y cuando quiera. Y además, que, envolviendo nuestras facultades con sus pensamientos y opciones y disponiendo de nuestra libertad, se sirva de ellas como quiera. "Y vivo, pero no yo", dirá San Pablo, "sino que es Cristo quien vive en mí. Mi vida terrenal, la vivo gracias a la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2,20). Santa Teresa entendió perfectamente a Ignacio al escribir: "Vuestra soy, para vos nació, ¿qué mandáis, Señor, de mi?".

"Se ausentó el Amado de su Amigo, y el Amigo buscaba a su Amado con la memoria y el entendimiento, para poderlo amar. El Amigo encontró a su Amado; le pidió dónde había estado. Respondió: en la ausencia de tu memoria y en la ignorancia de tu inteligencia" (12).

Pues bien, los dones, aunque ofrecidos, de ordinario permanecerán compartidos y confiados a nuestra administración. Por eso será preciso iterar la ofrenda a menudo y convertirla en realidad, ocupando efectivamente la libertad y las facultades en las cosas del Amado. Paulatinamente, a través del servicio a los hermanos, usufructuarios visibles y albaceas de la ofrenda al Dios invisible (Un 4,12), todo deviene suyo realmente.

La entrega de todo lo que tengo y poseo, percibido como don suyo, es del todo confiada. En sus manos, amorosas para dármele, estará definitivamente seguro. Y no se trata de un retorno interesado, como el de San Pedro, cuando pregunta: "¿Y nosotros, que lo hemos dado todo?". El Señor, condescendiente, le habla del ciento por uno y de la vida eterna (Lc 18,28-30).

"Dijo el Amigo a su Amado que le diese la paga por el tiempo que lo había servido. El Amado echó cuentas de los pensamientos y deseos y peligros y llantos y afanes que había sufrido su Amigo por amor suyo, y añadió el Amado en aquella cuenta eterna bienaventuranza; y se dio a sí mismo en pago a su Amigo"(13).

Ignacio al final de su oblación, pide exclusivamente amor y gracia. Los ha probado. Le bastan.

"Quien a Dios tiene", concluye Teresa, "nada le falta, sólo Dios basta". Por su parte, su medio Juan re conoce: "ya no tengo ganado / ni tengo otro oficio / que sólo en amar es mi ejercicio"(14).

"La luz de la cámara del Amado vino a iluminar la cámara del Amigo para desvanecer las tinieblas y llenarla de placeres y de dolencias y de pensamientos. Y el Amigo desembarazó su cámara de todo, para que cupiese en ella su Amado"(15).

Así, en el coloquio, retomamos la petición inicial, amar y servir en todo, y ahondamos en el sentido de la composición de lugar, la comunión de los santos. Ellos han realizado y viven felizmente este maravilloso intercambio. "Hermanos, os exhorto, por la misericordia de Dios a que os ofrecéis por entero como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual" (Rm 12,1).

Un par de notas más sobre esta oración ignaciana. Se formulan en ella unos' pensamientos, se recitan unas palabras. Ignacio invita a decirlas con mucho afecto. El tono las modifica por completo. Cuando Jesús enseña a sus discípulos el padrenuestro, les pide que recen "así": "Padre nuestro...". ¿Cómo dijo Jesús su oración?, ¿cómo decía Ignacio su Tomad, Señor, y recibid?

Comentábamos en un capítulo anterior, la ausencia de espiritualidad esponsal en los Ejercicios. La oración que acabamos de considerar, sin embargo, puede ubicarse en ese contexto, porque posee una clara resonancia eucarística que evoca las bodas del Cordero con la humanidad. Si no, fijémonos en lo bien que sonarían para expresar la donación de hombre y mujer, cambiando lo que hubiera que cambiar.

7. Y TU PRESENCIA

El segundo, mirar cómo Dios habita en, las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender, y así en mí dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí, siendo criado a la similitud e imagen de su divina majestad. Otro tanto reflejando en mí mismo, por el modo que está dicho en el primer punto, o por otro que sintiere mejor. De la misma manera se hará sobre cada punto que se sigue [253].

En la presencia de Dios, objeto de nuestra contemplación en este segundo punto, y tras la oración acos tumbrada, intensificamos la petición con la intercesión de los santos, que aprendieron a descubrirlo en todas las cosas; fijándonos en las obras y en la comunicación, adentrémonos más en el amor de Dios.

La cálida palabra habitar está relacionada curiosamente con haber. El lugar donde uno habita es una per tenencia muy amable. Pocos autores han exaltado tanto la alegría de descubrir nuestro planeta habitado como Saint-Exupéry. Después de un tiempo perdido en el desierto, sediento a morir, se estremece, emocionado, por el encuentro con habitantes capaces de un gesto tan sencillo como darle un vaso de agua. Dicho sea de paso, los habitantes únicos de los singulares planetas visitados por el Principito nos habrán hecho sonreír. ¡Son tan soberbios, tan egoístas, tan majaderos...! Como los dioses griegos, tipifican bajezas y mezquindades muy humanas.

Pero no. Dios habita generosa y necesariamente sus cosas. Está en medio, como diría la vivaracha Anna, sean pequeñas o grandes, pudorosas o esplendentes:

“- ¿Cuál es la pregunta adecuada a la respuesta `En medio del sexo'?, - empezó a decir.

Extendí la mano para silenciarla, apoyándole un dedo sobre los labios. - La pregunta - admití- es: `¿Dónde está el Señor Dios?'.

Anna me mordió el dedo, con fuerza, y me miró.

`Eso es por hacerme esperar', dijeron sus ojos.

- Sí - pronunciaron sus labios"(16).

Ya el salmista cantaba entusiasmado:

"¡Señor, Dios mío, qué grande eres! Vestido de esplendor y majestad, arropado de luz como de un manto. Despliegas los cielos igual que una tienda, levantas sobre las aguas tus altas moradas; haciendo de las nubes carruaje tuyo, sobre las alas del viento te deslizas; tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por sirvientes" (Sal 104,1-4).

Los maestros medievales lo formulaban diciendo que habitaba por esencia, presencia y potencia.

En tiempos de Ignacio, era frecuente jurar y, muchas veces, perjurar. En los Ejercicios, aborda el tema cuando expone los pecados de palabra. Demuestra que sólo los perfectos pueden jurar por la criatura (la madre, el hijo, el santo patrón...), es decir, invocar sagradamente su valor. En efecto, considera que sólo es lícito jurar si es necesario, verdadero y, además, con reverencia;

por eso, sólo los perfectos, que por la asidua contemplación e iluminación del entendimiento, consideran, meditan y contemplan más ser Dios nuestro Señor en cada criatura según su propia esencia, presencia y potencia, pueden jurar reverentemente por la criatura [38-39].

Tan lejos del pensamiento fusional panteísta, como de la idea de la independencia de las cosas, el cristiano sabe que todo necesita de la conservación de Dios. Nosotros, como usufructuarios, dependemos constantemente de su perseverante actuación.

"Todos (los seres) de ti están esperando que les des a su tiempo el alimento; tú se lo das, y ellos lo toman; abres tu mano, y se sacian de bienes. Escondes tu rostro, y se anonadan; les retiras tu soplo, y expiran y a su polvo retornan" (Sal 104,27-29).

En la escala de los seres de Porfirio, se distinguen cuatro niveles de existencia -elementos, plantas, animales y personas-, donde cada uno incluye los anteriores. Al decir que Dios habita por esencia en todos los seres, admiramos el despliegue multiforme de su actuación sustentadora. Realmente, como dice San Pablo, "en Él vivimos, nos movemos y somos" (Hch 17,28).

La experiencia orante afirma que Dios se hace presente a todo. "¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu?", exclama el salmista, "¿a dónde ~de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si descendiendo al país de los muertos, allí te encuentras. Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, también allí tu mano me conduce, tu diestra me sostiene" (Sal 139,7-10). Continúa el salmista admirado de que Dios lo conozca tanto y desde siempre, incluso desde que secretamente era bordado en el seno materno.

Cuando Jesús insiste en la oración y en el ayuno en secreto, sabe que Dios, que ve lo oculto, lo recompensará. "Dios me es más íntimo que yo mismo", dirá San Agustín. Tres veces señalan los evangelios la apertura de los cielos para indicarnos la presencia constante del Padre en la vida de Jesús: bautismo, transfiguración y ramos. Anhelaríamos sentirla también en el pavoroso abandono de la cruz; mas allá la lanza atravesó un corazón y el discípulo amado vio y creyó. Todo el amor de Dios, que habitaba el corazón de su Hijo se desangró sobre la tierra. Agua y sangre.

El cuerpo partido, la sangre derramada y el agua extrema fundan la comunidad de los creyentes, presencia sacramental de Dios en la tierra. "Sabed que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo" (Mt 28,20).

Todavía más, Ignacio invita a descubrir el rostro de Dios en cada persona: hemos sido creados - a su imagen y somos templos del Espíritu. Imágenes suyas por creación, pero mucho más por encarnación y redención. Él asume la semejanza y deformidad: "siendo de condición divina, no retuvo celosamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y comportándose como tal; y se humilló a sí mismo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó [...]" (Fil 2,6-9).

Forma parte del proyecto de Dios que reproduzcamos la manera de ser de su Hijo; así el hermano mayor modela a los demás (Rm 8,29-30). El universo creado espera ansioso la revelación de los hijos de Dios (Rm 8,19). Mientras tanto, él mantiene una presencia especial en los pequerios y en los pobres. Se identifica con su suerte. ¡Ahí es tan fácil de encontrar!

Por otro lado, tesoro en vasija de barro (2Co 4,7), nos convertimos en morada de las personas divinas: "lo pediré al Padre y os dará el Espíritu Consolador, para que esté en vosotros. Lo conocéis porque habita en vosotros [...] Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él" (Jn 14,15-17.23). "Mira que estoy a la puerta y

llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3,20). Parece imposible hablar de una comunicación más íntima.

Al reflexionar sobre la manera de corresponder, nos acuciará el anhelo de espiar a Dios en todas las cosas y de hacérsenosle presentes en todo lugar. La felicidad de su compañía invita a convertir la vida en una danza, bailando desnudos de todo, como David ante el arca.

El Cantar de los Cantares sorprende al Amado espiando por las celosías a su amada (Ct 2,9). Cada criatura es una rendija para ver a Dios, porque Él se esconde en ella para estar a mi lado. "Descubre tu presencia, / y máteme tu vista y hermosura; / mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura"(17).

"Hubo un debate entre los ojos y la memoria del Amigo, porque los ojos decían que era mejor ver al Amado que recordarlo, y la memoria replicó que por el recuerdo sube el agua a los ojos y el corazón se inflama de amor"(18).

En el coloquio se puede repetir el Tomad, Señor, expresando al Amado el deseo de cohabitación, de permanecer en su casa. El salmista vislumbra la delicia de vivir juntos y añora la ciudad santa y su templo. ¡Hasta las golondrinas allí anidan! ¡Un día en tus atrios vale más que mil fuera! (Sal 83). En el desierto, se ve acogido en la tienda de un jeque: "Tú preparas ante mí una mesa, llenas a rebosar mi copa" (Sal 23). ¿En la tienda de Dios no tendríamos que cobijar a todos los cojos, heridos y desafortunados de la vida? La compañía de los pobres calma la desazón de la espera.

8. Y TU TRABAJO

El tercero, considerar cómo Dios trabaja y labora por mí, en todas cosas criadas sobre la faz de la tierra, id est, habet se ad modum laborantis, así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando ser, conservando, vegetando y sensando, etc. Después reflexionar en mí mismo [236].

Ignacio nos ha presentado cuidadosamente la pena y los trabajos de Jesús por venimos a buscar, ganarnos y conducirnos al Padre. Desde el nacimiento en Belén, laborioso y en tanta pobreza, emprende un arduo y tortuoso camino y al cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí [116]. Como su proyecto es conquistar todo el mundo para su Padre, no es extraño que se desviva por buscar quien colabore con radicalidad: ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos [93]; quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria [95]. Por supuesto, las personas generosas ofrecerán todas sus personas al trabajo, y más [96-97].

¿Cuántas veces no le habremos dicho a un niño que reclama a su padre, no está; está trabajando? ¿Será raro que algún día, ensimismado en el juego y sin querer que lo molesten, nos sorprenda circunspecto con un estoy trabájando? ¿sucedería algo parecido con el niño Jesús en Nazaret? Lo hace sospechar la respuesta que dio a los fariseos cuando intentaron disuadirlo de trabajar en día festivo. Les argumenta con el deseo de imitar el maravilloso trabajo de su Padre.

Cuando Felipe le pregunte, insistirá: "quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9). Por lo tanto, si Jesús lava los pies, el Padre lava pies; si Jesús es pastor, el Padre es pastor; si Jesús carga con la cruz del mundo, el Padre la lleva con él.

No es posible encontrar en la tierra un Padre tan solícito con sus hijos: acaba de disgustarse y de expulsar del paraíso a Adán y Eva y, como van desnudos, se convierte en su sastre: "entonces el Señor hizo túnicas de piel y vistió al hombre y a la mujer" (Gn 3,21). Jesús lo ve como un distintivo de su Padre: "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos" (Mt 5,44-45).

Incluso el diablo conoce la laboriosidad de Dios para proteger a sus hijos en toda ocasión: "dará orden sobre ti a sus ángeles de guardarte en todos tus caminos. Te llevarán en sus manos para que tus pies no tropiecen con las piedras" (Sal 91,11-12).

El buen Dios es persona de mil oficios: constructor, guarda, panadero, labriego... y es feliz al poder desempeñarlos por nosotros.

"Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila la guardia. En vano madrugáis y tarde os retiráis, los que coméis pan de fatigas, porque él colma a su amado mientras duerme" (Sal 127).

"El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma; primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. Y cuando el fruto lo admite, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega" (Mt 4,26-29).

"Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento" (1Co 3,6).

San Pablo nos alienta: "sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aqué llos que han sido llamados según su designio" (Rm 8,28). Ésa es la definición de providencia. Ignacio da esta razón: Dios nuestro Señor me ama más que yo a mí mismo [Diario espiritual, n°- 185].

Hemos considerado largamente las obras de Dios, su conservación de los seres y su presencia. ¿En qué consistirá su habitación en ellos por potencia? La criatura, para pasar del ser a la acción, necesita también del concurso de Dios. Cuando mi libertad se determina, Dios la sustenta. En ese sentido, todos mis actos son suyos.

De provecho espiritual resultará hacer un coloquio inspirado en una imagen ignaciana tomada de san Francisco: la del instrumento en manos de Dios. Más importante será dejarse agarrar, que la perfección de la punta de aplicación -aunque convendrá perfeccionarla, dirá Ignacio, puesto que la empresa de Dios también lo requiere-.

Por otro lado, no hay que azararse si se nos aplica a cosas costosas o sucias. Un pincel puede ser necesario para crear una obra de arte, pero una escoba, una venda o un bastón también son necesarios para la vida. Que Dios se valga de nosotros -ésa es nuestra ofrenda amante- para lo que más le plazca. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

9. ¡OH DIOS!

El cuarto, mirar cómo todos los bienes descienden de arriba, así como la medida potencia, de la suma e infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc. Después acabar reflexionando en mí mismo, según está dicho. Acabar con un coloquio y un Páter noster [237].

Sin olvidar los preámbulos de siempre, este punto requiere sobrepasar la compañía de los santos para situarse directamente en presencia de las divinas personas, a las que deseamos atisbar aunque sólo sea de reojo.

En la meditación de los propios pecados, Ignacio nos sugería comparar los atributos de Dios con sus contrarios en nosotros, pecadores: su paciencia a mi ignorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia [59]. Ahora, tras la: reconciliación -¡ha pasado el invierno!- suspira por bañarse en los rayos de luz y de agua que manan de Dios.

"Preguntaron al Amigo sobre el amor del Amado. Respondió que el amor de su Amado es irradiación de infinita bondad, eternidad, poder, sabiduría, caridad y perfección; que dicha irradiación va del Amado al Amigo"(19).

En Manresa, se le representó, con grande alegría espiritual, el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que de ella hacía Dios lumbre [Autob. n.º 29]. Hasta ahora, Ignacio nos ha habituado a considerar cómo todo don perfecto viene de lo alto. "Desciende del Padre de las luces", dirá Santiago (St 1,17). Efectivamente, nos ha hecho examinar repetidas veces si nuestra afición a determinados valores descendía de arriba, del amor de Dios [184,338]. Y, en los puntos anteriores, todas las cosas eran consideradas obra y morada del Creador.

Ahora, se trata de actuar a la inversa, es decir, de remontar esta irradiación y disfrutar de la contemplación de Dios mismo.

"Había en el Amigo un par de pensamientos: uno pensaba siempre en la esencia y en las virtudes de su Amado; y el otro pensaba en las obras de su Amado. Y por este motivo hubo debate sobre cuál de los dos pensamientos era más luminoso y más agradable al Amado y al Amigo" (20).

No se trata de poblar el cielo con la deificación de las pasiones humanas, como en el Olimpo clásico; ni de succionar lo mejor de los humanos, atribuyéndolo al Dios vampiro, como recrimina Marx a los creyentes. Tampoco sería legítima una espiritualización evadida del mundo real y de la obra del Reino. Ahora bien, inmersos y absortos en la acción, podemos olvidar la fuente, y, al final, servir a los demás únicamente las escurriduras. Seríamos como personas que se han mirado en el espejo y luego olvidan su rostro.

En cambio, el salmista pide con frecuencia poder ver directamente la transparencia de su mirada, y, en la liturgia, damos gracias a Dios por su inmensa gloria. Jesús dice ufano y complacido: "mi Padre es más grande que yo"; y remite con frecuencia al banquete definitivo: "entra en la dicha de tu Señor". En contexto amoroso, San Pablo nos avisa que "ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido" (1Co 13,12).

Ignacio propone en este punto una deliciosa ascensión de las criaturas al Creador.

"Andaba el Amigo deseoso de su Amado y se encontró con dos amigos que con amor y con lágrimas se saludaban y abrazaban y besaban. El Amigo se sintió morir: tan vivamente los dos amigos le hicieron recordar a su Amado"(21).

Este modo de proceder cuenta con admirables testimonios. Aquél que se enamora de la creación – "Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura / y yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura"- se queja de que "y todos cuantos vagan, / de ti me van mil gracias refiriendo, / y todos más me llagan, / y déjame muriendo / un no sé qué que quedan balbuciendo"; hasta intensificar su súplica dramáticamente: "Descubre tu presencia, / máteme tu vista y hermosura / mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura". La encuentra por fin, asciende por la vía secreta y reposa definitivamente: "Quedéme y olvidéme, / el rostro recliné sobre el Amado, / cesó todo y dejéme, / dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado"(22).

Cuando Maragall suspira - "Si el mundo ya es tan hermoso, Señor, si se mira con tu paz en los ojos, ¿qué más nos puedes dar en la otra vida?"-, y se resiste a que la muerte le arranque de la creación, quizá le falte haber ejercitado este cuarto punto de la contemplación ignaciana. No lo niega. De hecho, lo prevé al final en fe y confianza, "séame la muerte un mayor nacimiento" (23). Con todo, no parece haber remontado a la misma fuente de la luz, con la que mira, según dice justamente, todas las cosas.

El testigo vidente y veraz nos previene:

"El ángel me mostró el río de agua de la vida, brillante como él, que brotaba del trono de Dios y del Cordero [...] El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios lo adorarán. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos" (Ap 22,15).

En la alocución del día de la Epifanía dirigida a la Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, decía el P. General Kolvenbach: "Nuestro hermano Pierre Teilhard de Chardin manifestó repetidas veces su deseo de que la solemnidad hoy celebrada cambiara de nombre, o al menos de prefijo. Para resaltar que festejamos el día en que Nuestro Señor deviene transparente desde el fondo de todos y de todo como fuente y como meta, como alfa y como omega, esta solemnidad debería denominarse 'día-fanía' en lugar de 'epi-fanía'. Porque no se trata propiamente de una repentina irrupción en la historia de Quien es su Creador y Salvador, sino más bien de una misteriosa y silenciosa 'día-fanía' mediante la que Cristo alumbró el verdadero fondo de todo ser, obrando en todo y por todo para conducir todo hacia su plenitud, hasta que Dios sea todo en todos, en la realidad total (1 Co 15,28).

Teilhard declara que no lee la historia de los magos como una 'verdad fotográfica', sino como una verdad luminosamente indicativa de Quién llena el universo con su presencia dinámica, del único que da sentido a nuestra historia, del Dios siempre mayor en todo y para todos.

Esa diafanía, esa transparencia de Dios "en todas cosas criadas" es la que deslumbró y desconcertó a Ignacio. Como principio y fundamento de la aventura en el Espíritu a la que nos invita, Ignacio afirma que no existe para el hombre camino de auténtica búsqueda de Dios que no pase, como en el misterio celebrado en esta solemnidad, por el libro y por la estrella, por una zambullida en el mundo creado; y, por otra parte, que toda solidaridad con el hombre y todo

compromiso con el mundo creado, para ser auténticos, presuponen el descubrimiento de Dios. (Róma, 61-1995).

Se nos abre, pues, un horizonte inabarcable. Veo un gesto de generosidad en la creatura, y me pregunto cómo será la generosidad de Dios. Veo la ternura de una madre, y me fascina cómo será la ternura de Dios. Veo la nobleza de una persona, y me cautiva la nobleza de Dios. Veo la fidelidad, la belleza, la justicia, la heroicidad, la amistad, la humildad entre los humanos, y me maravilla cómo serán en Dios. Y así en adelante, hasta donde Dios mismo se nos quiera dar a conocer y adentrarnos en su vida íntima.

La vía secreta es el mismo Jesús que, exaltado -muerto en cruz y resucitado-, atrae todo hacia sí y nos presenta, liberados y cautivos, al Padre. "Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo" (Jn 17,3).- "A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único que está con el Padre, él lo ha contado" (Jn 1,18).

En el coloquio de esta contemplación, podemos pedir que nos convirtamos recíprocamente en transparencia de Dios. Los demás se refrescarán en nuestra fuente, de la misma manera que nosotros bebemos del agua que ellos ofrecen. Dios se difunde, por Jesús, muerto y resucitado, en favor de los demás; y yo, creado a su imagen, siguiendo a Jesús, me difundo y lo difundo.

10.MIENTRAS APRENDO A AMARTE

Nos hemos referido reiteradamente a los detectores de amor que nos ha proporcionado Ignacio, las obras y la comunicación. De hecho, el amor se expresa de mil maneras porque no tiene límite. Ahora, en nuestro décimo capítulo, proponemos que, al descubrir una nueva expresión de amor, la examinemos y la ejercitemos, para lograr una mayor plenitud amorosa con Dios y la humanidad.

Se sugieren los siguientes pasos:

1. Comprobar si tal expresión armoniza con las personas que me aman; o si yo la tendría con las personas que amo.
2. Contemplar si Dios me ama de aquella manera y qué correspondencia genera en mí.
3. Elevarse a la relación entre las divinas personas o con María o con los santos y constatar que aquella expresión se da entre ellas.
4. Ponerla en práctica con personas lejanas a mi afecto.

Eso hemos hecho, quizá no tan sistemáticamente, con las dos expresiones de amor ignacianas.

Ejemplos

San Pablo describe el amor con firmes trazos.

"La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta" (1 Co 13,4-7).

Cualquiera de estos rasgos puede ejercitarse a la luz de la escala citada. Erich Fromm, en el primer capítulo de *El arte de amar*, teoriza sobre el amor y, después de indicar que consiste fundamentalmente en dar y darse, presenta cuatro elementos comunes a todas las formas de amor: 1. preocupación activa por la vida y el crecimiento de las personas que amamos; 2. responsabilidad, capacidad de responder al amado; 3. respeto a su ser único e irrepetible; 4. conocimiento por adhesión a él. "En la fusión, te conozco, me conozco, conozco todo y no conozco nada".

Como antes, se pueden practicar estos cuatro trazos.

En el capítulo cuarto, *La práctica del amor*, indica Fromm que, para dominar cualquier arte, se necesita disciplina, concentración, paciencia, interés ("preocupación", dice él), empezar por cosas pequeñas y hacerse sensible; y reclama para el arte de amar salir de sí y llevar una vida humilde y real.

Dice una autora con la que comparto las raíces afectivas familiares:

"Las personas, desde la infancia, se sienten valoradas cuando se cuenta con sus sentimientos, sus necesidades y sus deseos. Se sienten respetadas cuando se escucha su opinión,

cuando se les permite decidir y cuando se les deja escoger. Se sienten queridas cuando se les procura bienestar físico y emocional. Se sienten singulares cuando se les hace ver que son especiales e insustituibles. Todo ello se transmite, desde-el nacimiento, en la interacción, en el diálogo corporal y en la impulsión de la autonomía y de la independencia. Un trato que comunica estos sentimientos proporciona bienestar y confianza en uno mismo y favorece la autoestima. La confianza en uno mismo estimula a emprender actividades y pequeñas aventuras, y facilita la posibilidad de separación o alejamiento de las personas queridas, porque se está seguro de su afecto. Un vínculo afectivo sólido estimula el desarrollo del lenguaje de una criatura, porque refuerza su interés por comunicarse. Y potencia su autonomía, al no sentir la necesidad de llamar la atención o de reclamar dedicación" (24).

En la misma línea, el PRH (Persona y Relaciones Humanas) analiza la vida y las relaciones afectivas. Considera que una criatura, para atreverse a vivir de su riqueza interior, necesita un clima amoroso, que concreta en ocho acciones características:

1. Que las personas importantes para ella vean su ser profundo: talentos, lazos esenciales y misión.
2. Que la escuchen cuando les comunica la vivencia de su ser.
3. Que acojan su manera de ser.
4. Que confíen en que, si desarrolla su ser profundo, será feliz y hará felices a los demás.
5. Que no le pidan ni más ni menos de lo que puede dar.
6. Que le dejen un lugar a su lado, físico, psíquico, de opinión.
7. Que la dejen descansar, también con ellas.
8. Que le hagan sentir que su ser les es beneficioso.

Estas ocho acciones se repiten hasta la saciedad en los salmos. Dios es persona importante para el salmista y las cumple con él profusamente. El salmista, a su vez, procura ver, escuchar, acoger, confiar, pedir proporcionadamente, dejar lugar, permitir descansar y alabar a Dios que tanto lo ama.

En fin, ya que repetidamente hemos citado a un maestro del amor como Saint-Exupéry, convendría aplicar el ejercicio práctico de este capítulo a la vinculación (apprivoisement) y a la responsabilidad sobre la persona cautivada. Las relaciones del zorro con el Principito son una lección sobre la posibilidad de amistad entre dos seres muy distantes: "¡los zorros no simpatizan con los hombres!".

"- Busco amigos, dice el Principito. ¿Qué significa `cautivar'? /-Es algo demasiado plvidado, contesta el zorro. Significa `crear lazos...'/-¿Crear lazos? / -Ciertamente. Tú todavía no eres para mí más que un muchacho parecido a cien mil muchachos. Ni te necesito, ni me necesitas. No soy para ti más que un zorro parecido a cien mil zorros. Pero, si me cautivas, nos necesitaremos mutuamente. Tú me serás único en el mundo. Yo te seré único en el mundo [...] / - Por favor... ¡Cautívame!, le pide el zorro. / -Ya querría, pero no tengo tiempo. Necesito descubrir amigos y conocer muchas cosas. / - Sólo se conocen las cosas que se cautivan, respondió el zorro".

Al final, aquella amistad fructifica, para el zorro, en el amor impensado a las estrellas -¡hay

un planeta singular!- y en la nostalgia por el color del campo, trigueño como el cabello del Amado.

11. CONTEMPLATIVO EN LA ACCIÓN

"Les dice Jesús: - Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra [...]. Alzad vuestros ojos y ved los campos dorados ya para la siega. Ya el segador recibe el salario, y recoge para vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador [...]. Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado" (Jn 4,34-38).

La unión con Dios es el término de la vida espiritual. ¿Será necesario hacerse cartujo para ser del todo un instrumento disponible al amor de Dios? Esa hipótesis seducía, cuando era estudiante, a Egide Van Broeckhoven(25), jesuita obrero, muerto de accidente en una fábrica.

"Señor, si pudiera escoger sin la obligación de tener en cuenta la consideración que sigue, me dejaría conducir de todo corazón a la forma de vida religiosa que me permitiera vivir mejor tu atracción en su plenitud más pura. [...] Tal renuncia me es tan costosa como el sacrificio de la vida. Sólo me puede persuadir a renunciar, el deseo de unirme al amor de la Trinidad en su acercarse a todos los hombres, con el fin de hacerlos partícipes de la experiencia de vida profunda que yo encontraría plenamente en la vida de la Cartuja y para llevar allí, ante tu rostro, a los que pudiese [...]. Para realizar esto, me es preciso vivir un desprendimiento completo, llevar una vida contemplativa intensa y estar animado por un profundo amor apostólico" (abril 1962).

"El cartujo se arroja a la presencia de Dios y se convierte así en un instrumento del Amor, por excelencia. El jesuita se entrega entero como instrumento y se hace así eminentemente apto para abrirse al Amor y para penetrar en la más profunda intimidad de Dios" (julio 1962).

"Por el amor especial que el Amigo tenía a su Amado, amaba el bien común más que el bien especial, con objeto de que el Amado fuese comúnmente -conocido, alabado y deseado"(26).

Sin embargo, Lull pasa por alto que amando el bien común, el Amado, que no se deja ganar en generosidad, le concede el bien especial. Al menos, tal fue la experiencia de Ignacio; experiencia que origina su concepción revolucionaria de la vida apostólica. La Edad Media consideraba el contacto con el mundo un detrimento para la vida espiritual. Santo Tomás mitigó esa dualidad al proponer que primero había que contemplar, orar, reflexionar, meditar, estudiar, y, después, entregar esa contemplación al mundo en la acción. "Contemplar y entregar lo contemplado a los demás", eso es apostolado.

Ignacio, resuelto, unifica la contemplación y la acción. Su gran colaborador, Jerónimo Nadal, es el creador de la expresión, contemplativo en la acción:

"Sabemos que el padre Ignacio recibió de Dios una gracia singular, la de ejercitarse libremente en la contemplación de la Santísima Trinidad y descansar en ella [...]. En todas las cosas, acciones, y conversaciones, sentía y contemplaba la presencia de Dios y la afección a las cosas espirituales, simultáneamente contemplativo en la acción, cosa que él solía explicar así: que se debía encontrar a Dios en todas las cosas"(27).

Ignacio se dirige al laico Francisco de Borja y al jesuita Antonio Brandao de manera semejante:

"Sería bien que mirase que no sólo se sirve Dios del hombre cuando ora; que si así fuese, serían cortas, si fuesen las oraciones de menos de 24 horas al día, si se pudiese, pues todo hombre

se debe dar, cuanto enteramente pudiere, a Dios. Pero es así que de otras cosas a tiempos se sirve más que de la oración" (a Fco. Borja, Roma, julio 1549)".

"Se pueden ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y todo lo que hiciéramos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas" (a Antonio Brandao, Roma, junio 1551).

"Sin duda es mayor virtud della y mayor gracia poder gozar de su Señor en varios oficios y en varios lugares que en uno solo; para lo cual mucho nos debemos ayudar en la su divina bondad" (a Fco. Borja, Roma, septiembre 1548).

Así, en dos concreciones de la espiritualidad ignaciana, la religiosa de la Compañía de Jesús y la laica de las Congregaciones Marianas (en la actualidad, Comunidad de Vida Cristiana), la unión con Dios pasa por la misión apostólica. Como instrumentos de Dios, no estamos menos unidos a Él cuando inspira nuestra oración, que cuando sostiene nuestras manos para que la caridad actúe. De todas maneras, no creamos que el ser contemplativo en la acción es automático, ni tan siquiera obra nuestra. Ignacio, a lo largo de todos los Ejercicios, nos ha preparado para recibir este don: abnegación (indiferencia y seguimiento de Jesús pobre y humilde) y vigilancia.

"El Padre dijo, que nunca le mudarían de bastar una hora a los estudiantes, presupuesta la mortificación y abnegación, la cual hace que fácilmente haga más oración, que otro no mortificado en dos horas". "A uno verdaderamente mortificado bástale un cuarto de hora para se unir a Dios en oración"(28).

No se trata de una abnegación monástica, sino apostólica: la agónica cura de los deseos y de las repugnancias, a fin de ser disponibles del todo a la voluntad de Dios. Lo esencial para Ignacio, entiende Broeckhoven, no es ir a trabajar a una fábrica, sino que el Padre lo ponga con su Hijo, lo cual pasa por el servicio a sí; Iglesia, bajo la obediencia al romano pontífice.

A Teilhard de Chardin se le ordenó la misión fronteriza del diálogo científico. Tenía preparadas dos obras capitales y maduras de su pensamiento espiritual, filosófico y científico, El medio divino y El fenómeno humano, y se le ofrecían cátedras en su país en reconocimiento de sus méritos. Se le prohibió publicarlas; se vio obligado a renunciar a las cátedras y se le exilió a Nueva York. Escribió con serenidad al General de la Compañía que estuviera tranquilo, que sabía que Dios guía a un religioso por medio de la Iglesia y de los superiores, que era un malentendido que se desharía, no por la rebelión sino por la fidelidad a la Iglesia. (Más de una de sus ideas crucificadas fructificará en el Concilio Vaticano II).

Como consiliario de una CVX, puedo aportar experiencias parecidas de laicos que me han confiado su camino hacia Dios. Las cazuelas, la unión de pareja, la gestación, el paro, los hijos, el trabajo, las horas voluntarias, las relaciones familiares y vecinales... Todo son ataderos por los que la gente se une a Dios. Una muestra: un padre perdió a su criatura de un año; no quiso que nadie, sino él, bajara la diminuta caja blanca por la escalera. Dios se la había confiado, él se la devolvía. Hasta el final. Los de la funeraria, emocionados, lo invitaron a subir al furgón.

Estos pensamientos intercambiaba Ignacio con Francisco de Borja, padre de ocho criaturas y ex-vice de Cataluña:

"Considerando que las personas, saliendo de sí y entrando en su Criador y Señor, tienen continua advertencia, atención y consolación, y sentir cómo todo nuestro bien eterno sea en todas

cosas criadas, dando a todas ser, y conservando en él, con infinito ser y presencia, fácilmente me persuado que con las más se consuele, y así con otras muchas; como a los que enteramente aman al Señor, todas las cosas les ayudan y favorecen para más merecer y para más allegar y unir con caridad intensa con su mismo Criador y Señor, aunque muchas veces ponga la criatura impedimentos de su parte para lo que el Señor quiere obrar en su ánima, como V. Sría. dice, y mucho bien" (a Fco. Borja, Roma, fines de 1545). La abnegación es la forma de vivir inmerso en el amor de Dios y de traslucirlo a los demás. María, con su sí incondicional paralelo al Tomad, Señor, y recibid, convierte su trabajo cotidiano por Jesús -o por su cuerpo, la Iglesia- en unión continua con Dios. Es la contemplativa en la acción, por excelencia.

Éste es el proyecto de vida que propone Ignacio a los novicios:

"Todos se esfuercen en tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aún de todas

"cosas particulares, siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina Bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni esperanza de premios, aunque de esto deben también ayudarse; y sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, a El en todas amando y a todas en El, conforme a la su santísima Voluntad" [Consi. n^o- 2881.

Para acabar, fijémonos en la confesión de Broeckhoven:

"Es preciso que comprenda cómo Dios me llama a ir más lejos que mis hermanos, si quiero cumplir plenamente mi vocación y mi misión. Entonces Dios será mi única Roca, el Espíritu mi única fuerza, y su Hijo la primera y última palabra. Dios me llama a un país de soledad y de muerte, allá donde se halla la plenitud del encuentro y de la vida" (junio 1965).

Por eso, va a trabajar a una fábrica: "la esencia del Reino de Dios es el Amor; por lo tanto, es preciso que el principio y el fin del apostolado sea el Amor. No debemos proclamar en primer lugar la historia de la salvación enviada por Dios, sino que, ante todo, debemos ser nosotros mismos una página de esa historia. La Iglesia debe ser para nosotros la realidad tangible del Amor de Dios hacia el mundo concreto de hoy"(29).

El día de Navidad de 1967, tres días antes de que una plancha de acero acabara con su vida, resumía sus fuentes de energía: 1. Dejarlo todo por Dios; 2. La amistad: perderla y ganarla en Dios; 3. Dar la vida por completo y perderla para este mundo en su realidad más concreta; 4. La integración de los tres puntos anteriores.

12. Y ESTOY ATENTO

El examen de conciencia ignaciano es una manera de orar la vida diaria, a fin de buscar a Dios en todas las cosas, de convertirse en contemplativo en la acción y de practicar el discernimiento espiritual en las distintas opciones de la vida.

No se trata del examen de conciencia propio de la confesión sacramental, orientado al examen moral de la vida.

Se relaciona, en cambio, con los conceptos bíblicos de examen del corazón ("allí donde esté tu tesoro estará tu corazón", "Dios mío, examina mi corazón para saber cómo pienso"), o del examen de espíritus paulino ("no habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos" Rm 8,14).

También se podría hablar de examen de la memoria, en sentido agustiniano, porque en ella queda el registro de la actuación propia y de Dios. Dado que el ejercicio del examen se apoya eminentemente en esta facultad, demorémonos ahora en considerar la exquisita valoración y el uso espiritual que de ella hace Agustín en sus Confesiones(30).

En su búsqueda de Dios, remonta gradualmente la escala de las creaturas para encontrarlo en su memoria:

"Traspasaré, pues, aun esta fuerza de mi naturaleza, ascendiendo por grados hacia aquél que me hizo. Mas heme ante los campos y anchas salas de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes de cosas captadas por los sentidos" (12).

Repasa minuciosamente las cosas que guarda en ella, hasta exclamar:

"Grande es la fuerza de la memoria, un no sé qué que me causa horror, Dios mío: multiplicidad infinita y profunda. [...] ¡Tanta es la fuerza de la memoria, tanta es la fuerza de la vida en un hombre que vive mortalmente! ¿Qué dices? He aquí que. Ascendiendo por el alma hacia ti, que estás encima de mi, traspasaré también esta facultad mía que se llama memoria, queriendo tocarte y unirte a ti por donde me sea posible" (26).

Puesto que el encuentro con Dios tiene mucho que ver con la experiencia de reconocimiento de las cosas sabidas de siempre, se admira de la capacidad de la memoria para encontrar lo olvidado:

"Ni decimos haber hallado lo que había perecido si no lo reconocemos, ni lo podemos reconocer si no lo recordamos (27). ¿Y qué cuando es la misma memoria la que pierde algo, como sucede cuando olvidamos alguna cosa y la buscamos para recordarla? ¿Dónde al fin la buscamos sino en la misma memoria?" (28).

Admira y agradece que Dios se haya dignado residir en su memoria:

"Ved aquí cuánto me he extendido por mi memoria buscándote a ti, Señor; y no te hallé fuera de ella. Porque, desde que te conocí, no he hallado nada de ti de que no me haya acordado [...]. Así pues, desde que te conocí, permaneces en mi memoria y aquí te hallo cuando me acuerdo

de ti y me deleito en ti (35). Pero, ¿en dónde permaneces en mi memoria, Señor? [...] Tú has otorgado a mi memoria este honor de permanecer en ella" (36).

Hace ahora referencia a una experiencia fundante, narrada en el libro VII, nº 23, muy fugaz, grabada muy dentro del alma:

"¿Dónde te hallé para conocerte -porque ciertamente no estabas en mi memoria antes que te conociese-, dónde te hallé, pues, para conocerte, sino en ti sobre mí? No hay absolutamente lugar, y nos apartamos y nos acercamos, y, no obstante, no hay absolutamente lugar. ¡Oh verdad! Tú presides en todas partes a todos los que te consultan. [...] óptimo servidor tuyo es el que no atiende tanto a oír de ti lo que él quisiera cuanto a querer aquello que de ti oyere" (37).

Lamenta, en fin, que siéndole Dios tan íntimo, haya perdido tanto tiempo sin buscarlo donde estaba, justamente en la habitación de su memoria:

"¡Tarde te amé, hennosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y ved que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas, que si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste y rompiste mi sordera [...]; me tocaste y me abrasé en tu paz" (38).

El primer punto del examen ignaciano, desarrollado en el contexto de la primera semana, propone dar gracias a Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos [43]. Desde la atalaya de la ascensión completa realizada en los Ejercicios, lo enlazamos con toda la riqueza de la Contemplación para Alcanzar Amor.

Método propuesto

Me pongo en la presencia de Dios.

1. Repaso el día

Procurando descubrir la huella de Dios en mi vida. Puedo considerarla desde cuatro perspectivas:

- los dones que he recibido hoy: a medida que crece la vida espiritual, se afina la mirada y es posible en contrar a Dios en la pobreza, en la crisis, en el fracaso, en la enfermedad y en la cruz. Francisco de Asís descubría entre sus hermanas criaturas la muerte. También se valoran más los dones espirituales, Cristo, el Espíritu con sus dones y frutos, la misión, los sacramentos, María, la comunidad, los santos, la Iglesia...

- la presencia de Dios: en la familia, en la comunidad, en la amistad, en la creación, en el pobre, en la Iglesia, en mi corazón, en la Eucaristía, en la oración, donde dos estén reunidos en su nombre, en todas partes...

- el trabajo de Dios por mí y conmigo: sosteniendo la creación, siendo providente, inspirando, ani mando, dando amor, amistad, inteligencia, haciendo que las demás criaturas colaboren.

- la difusión de las cualidades de Dios, sembradas por doquier. Como por el agua remontamos a la fuen te, y por los rayos, al sol, por la amistad humana, por la paternidad/maternidad, por la generosidad, podemos barruntar cómo será la amistad, paternidad,

generosidad... de Dios.

2. Pido luz a Dios

Para poder entrar en mi propio corazón y poder discernir qué lo mueve o lo habita. Que todas mis intenciones, acciones y operaciones vayan puramente ordenadas al servicio y alabanza de su Divina Majestad, pide Ignacio.

3. Examino mi corazón a la luz de Dios

En una doble dirección:

- repaso qué he dado hoy al Señor, cómo le he hecho presente y me le he hecho presente, cómo he

trabajado por Él y con Él, cómo he difundido su manera de ser.

- examino qué espíritu me ha movido durante el día, el de hijo o el de esclavo. Mociones que he sentido, luces, indicios de lo que Dios quiere de mí...

Recordemos aquí que, para Ignacio, la conciencia es el lugar de encuentro de tres espíritus: el propio, el buen espíritu (mociones divinas, la Palabra de Dios, el Espíritu Santa) y el mal espíritu (el egoísmo y las mociones engañosas o negativas).

4. Doy gracias, pido perdón

En el punto anterior pueden haber surgido grandes alegrías de unión con Dios y de realización de su voluntad -lo agradeceré- o pueden constatarse algunas faltas leves o graves. Pido perdón, con un firme acto de fe en el amor de Dios ("nada nos puede separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús"). Este acto de amor confiado cierra mi día, dándole la mayor gloria y alabanza a Dios al afirmar su amor por encima de cualquier cosa que haya ocurrido.

5. Y el mañana será mejor.:

No porque me fíe en exceso de mí mismo, sino porque hoy he conocido un poco más al buen Dios y me he conocido un poco más a mí mismo. Sabiéndome amado más humildemente, aumentan mis fuerzas y mi esperanza de unirme más a Él mañana.

Me despido con la oración de Jesús, el Padrenuestro.

Este método de oración agudiza la vigilancia y capacita para descubrir a Dios en todas las cosas, de manera que puedo contemplarlo en la acción: Ir dando a la caza alcance. Si se repite una determinada presencia de Dios que hoy he descubierto en mi memoria del día, quizás la percibiré al instante, sorprendiéndolo "con las manos en la masa".

Ignacio, si podía, hacía un examen breve cada hora. Le bastaba con preguntarse si sus intenciones, acciones y operaciones eran netamente en servicio y alabanza de Dios o, como reitera en sus cartas, si había sentido la voluntad de Dios y la había cumplido. Recomienda a los jesuitas que lo hagan dos veces al día, por espacio de un cuarto de hora, y que antes dejen la oración que el examen. Cada cual tendrá que ver el ritmo y la duración que más le convengan. ¡Había un hombre de tanta memoria que, para recordar un día, necesitaba otro!

Ignacio al anochecer le dedicaba largo tiempo. Conservamos los exámenes escritos del discernimiento de la pobreza constitucional de la Compañía. Tenía entonces cincuenta y tres años. Atención a todas las veces que aparece la palabra AMOR.

"Novena misa de la Trinidad. Día 32. Martes, 4 de marzo de 1544. Durante la oración acostumbrada me ha asistido mucho la gracia y la devoción, que no sólo era clara, sino aún más lúcida, y de matiz ardiente. Por mi parte, fácilmente me iba de la oración con los pensamientos que me venían a la mente. Me he levantado de la cama con la misma asistencia de la gracia. Después de vestirme he mirado el introito de la misa que me ha movido enteramente a devoción y a ANbR, relacionados con la santísima Trinidad."

"Después, al ir a comenzar la oración preparatoria de la misa, no supe por quién empezar. Reparé primero en Jesús y advertí que no se dejaba ver o sentir claramente, sino que quedaba como en penumbra y, fijándome más, me pareció que la santísima Trinidad se dejaba sentir o ver con más claridad o luminosidad. Comencé pues y, en adelante, me puse a razonar con la divina Majestad, lo cual me cubrió de lágrimas, de sollozos y de un AMOR tan intenso, que me pareció que me unía en demasía a su AMOR tan lúcido y dulce. De manera que me pareció que aquella intensa visitación de AMOR era señalada o excelente entre otras visitaciones."

"Después, entré en la capilla con renovada devoción y lágrimas, siempre relacionadas con la santísima Trinidad, y lo mismo en el altar. Después de revestirme, me cubrí de lágrimas y de sollozos en mucha mayor abundancia, y de un AMOR intensísimo, todo relacionado con el AMOR de la santísima Trinidad."

"Al querer comenzar la misa, he sentido unos toques muy profundos y una intensísima devoción a la santísima Trinidad. Después de empezarla, he continuado con tanta devoción y lágrimas, que, a medida que avanzaba la misa, a causa del vivísimo dolor que sentía en un ojo, de tanto llorar, me vino el pensamiento de que lo perdería, si continuaba las misas de la santísima Trinidad y que sería mejor conservar los ojos, o etc. Cesaron las lágrimas, aunque proseguí muy asistido por la gracia. Pero luego, durante la mayor parte de la misa, disminuyó la asistencia de la gracia, y también por culpa de oír hablar en la habitación de al lado, etc."

"Después, casi al final, he vuelto a Jesús y he recobrado algo de lo perdido, al decir: "Placeat tibi Sancta Trinitas, etc." (Te sea grato, Trinidad santa, etc.). He sentido un AMOR desmedido a la divina Majestad y me he cubierto de lágrimas intensas. De manera que cada vez que he recibido visitaciones espirituales especiales, en la misa y antes, siempre han tenido relación con la santísima Trinidad, que me ha conducido y .afraído a su AMOR."

"Acabada la misa y quitados los ornamentos, durante la oración de acción de gracias ante el altar, he sollozado tanto y he derramado tantas lágrimas, todo en relación con el AMOR de la santísima Trinidad, que parecía que no quería levantarme, de tanto AMOR y de tanta suavidad espiritual que sentía." .

"Más tarde, junto al fuego, he sentido diversas veces un AMOR íntimo a la santísima Trinidad y ganas de llorar. Después en casa del cardenal de Bur gos y por las calles, hasta las veintiuna horas, si me acordaba de la santísima Trinidad, sentía un AMOR intenso y, a veces, tenía ganas de llorar. Todas estas visitaciones tenían relación con el nombre y la esencia de la santísima Trinidad, aunque no sentía claramente ni veía las Personas distintas, como las veces anteriores. Todas estas cosas me daban seguridad y me quitaban el deseo de decir más misas para una mayor reconciliación, pero quería cumplir las prometidas, esperando gozarme en la divina Majestad." [Diario espiritual, nn. 104-110]

Ante este texto, entendemos mejor que Ignacio, viviendo de la Contemplación para Alcanzar Amor, como menzara indefectiblemente sus cartas, deseando al destinatario el fruto final de los Ejercicios, que lo visite la gracia y el amor de Dios, y las acabe por el objetivo e inicio, pidiendo gracia para sentir la voluntad de Dios y cumplirla plenamente.' ¡Hay que volver a Galilea!

NOTAS

1. Según la versión del autor publicada en *La intimidad del peregrino. Diario espiritual de Ñan Ignacio de Loyola*, Santander. Ed. Sal Terrae, 1990.

2. "Deia l'Amic a l'Amat que per molts camins venia al seu cor i apareixia als seus ulls, i afb molts noms la seva paraula l'anomenava; però l'amor amb què li donava la vida i el mortificava eri només una, tan solament" (90). Ramon Lluix Llibre d'Amic i Amat. Parece referirse aquí a su libro, *Els cent noms de Déu*. Ignacio frecuentó la casa de los Gralla, editores de Lluix, durante su estancia en Barcelona.

3. "L'amor cridà els seus amadors, i els digué que li demanessin els dons que li eren més desitjables i més plàents. I ells demanaren a l'Amor que els vestís i els omés amb les seves faiçons, per tal d'ésser més agradables a l'Amat" (77).

4. Cántico espiritual, n° 33.

5. "Preguntaren a l'Amic: Quines són les teves riqueses? Respongué: les pobreses que sofreixo pel meu Amat. I quin és el teu repòs? El llanguiment que em dóna l'amor. I qui és el teu metge? La confiança que tinc del meu Amat. I qui és el teu mestre? Respongué, i digué que les significacions que les criatures donen del seu Amat" (57).

6. *Llibre d'Amic i Amat*, introducció de Alvar Maduell: "Trets de la fisonomia lul.liana". Ed. 62, Barcelona 1966, p. 16.

7. "Es manifesta l'Amat al seu Amic amb vestits vermells i nous; i estén els seus braços perquè l'abraci, i inclina el seu cap perquè el besi, i està enlaire perquè el pugui trobar" (91).

8. "Malalt estigué l'Amic, i en tenia cura l'Amat; de mèrit el peixia, amb amor l'abeurava, en paciència el colgava, d'humilitat el vestia i amb veritat el guiava" (23).

9. "Desobeí l'Amic el seu Amat, i plorà l'Amic. I l'Amat vingué a morir a la túnica del seu Amic, per tal que l'Amic recobrés allò que havia perdut; i li féu major do que aquell que havia perdut" (n.4 30).

10. "Es nuaven les amors de l'Amic i l'Amat amb memòria, enteniment i voluntat, per tal que l'Amic i l'Amat no se separessin; i la corda en què les dues amors es nuaven era de pensaments, llanguiments, sospirs i plors" (131).

11. "Anava l'Amic per una ciutat com a foll, cantant en lloança del seu Amat; i li preguntaren les gents si havia perdut el seny. Respongué que el seu Amat havia pres el seu voler, i que ell li havia donat el seu enteniment: per això li havia romàs-tan solament la memòria, amb què recordava el seu Amat" (54).

12. "S'absentà l'Amat del seu Amic, i l'Amic cercava el seu Amat amb la memòria i amb l'enteniment, per tal de poder-lo amar. L'Amic trobà el seu Amat; li demanà on havia estat. Respongué: En l'absència de la teva memòria i en la ignòrdncia de la teva intel ligència" (92).

13. "Digué l'Amic al seu Amat que ji donés la paga pel temps que l'havia servit. Comptà l'Amat els pensaments i els desigs i els plors i els perills i els afanys que havia sofert el seu Amic

per amor d'ell, i afegí l'Amat, en aquell compte, eternal benaurança; i es donà ell mateix, en paga, al seu Amic" (64).

14. Juan de la Cruz, Cántico espiritual, n° 19.

15. "El llum de la cambra de l'Amat vingué a il luminar la cambra de l'Amic, per tal de treure'n les tenebres i omplir-la de plaers i de llangors i de pensaments. I l'Amic tragué de la seva cambra totes les coses, per tal que hi cabés el seu Amat" (100).

16. Fynn (pseudónimo), Señor Dios, soy Anna, Barcelona 1977, pp. 116-117.

17. Juan de la Cruz, Cántico espiritual, n° 11.

18. "Hi hagué un debat entre els ulls i la memòria de l'Amic, car els ulls deien que és millor de veure l'Amat que recordar-lo, i la memòria digué que pel record puja l'aigua als ulls i el cor s'inflama d'amor" (18).

19. "Preguntaren a l'Amic sobre l'amor de l'Amat. Respongué que ¡amor del seu Amat és irradiació d'infinita bonesa, etemitat, poder, saviesa, caritat i perfecció; la qual irradiació va de l'Amat a l'Amic" (83).

20. "Hi havia en l'Amic dos pensaments: l'un pensava sempre en l'essència i en les virtuts del seu Amat; i l'altre pensava en les obres del seu Amat. I per això hi havia debat sobre quin pensament era més lluminós i més agradable a l'Amat i a l'Amic" (250).

21. "Anava l'Amic desitjant el seu Amat, i es trobà amb dos amics que amb amor i amb plors se saludaren i abraçaren i es besaren. S'esmortí l'Amic: tan fortament els dos amics li feren recordar el seu Amat" (59).

22. Cántico espiritual, n°. 5, 6 y 11 y Noche oscura, n4 8.

23. "Si el món ja és tan formós, Senyor, si es mira amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre, què més ens podeu dar en una altra vida?"; "sia'm la mort una major naixença". Joan Maragall, Càntic espiritual.

24. Carme Thió de Pol, Entre pares i fills, Barcelona 94, pp,35-36.

25. Egide Van Broeckhoven, nacido en Bélgica el 22-12-1933, entra novicio en 1950, ordenado sacerdote en 1964, muerto el 28-12-1968. Un resumen de su diario publicado por Ed. Narcea, 1972, bajo el título Diario de la Amistad.

26. Per l'especial amor que l'Amic tenia a l'Amat, amava el bé comú més que el bé especial, per tal que comunament el seu Amat fos conegut, lloat i desitjat (162).

27. Commentarii de Instituto. Epistolae et Monumenta P. Hieronymi Nadal (V), p. 162. MHSI, n° 90.

28. Lo recoge Luis Gonçalves da Cámara en su Memorial, no'. 196 y 256.

29. Por qué me he puesto a trabajar en una fábrica, escrito por Egide el 14 de mayo de 1567, con motivo de las jornadas de encuentro organizadas en la abadía Drongen.

30. Libro X, no'. 12-38.

© *Cristianisme i Justícia* – Roger de Llúria 13 – 08010 Barcelona
T: 93 317 23 38 – Fax: 93 317 10 94 – espinal@redestb.es - www.fespinal.com
Abril 1995